

del marco de la «Serie» las novelas que representan ya la historia de la literatura de Latinoamérica, sin las cuales no sería posible la comprensión de su desarrollo. Podemos aquí mencionar las novelas de Manuel Rojas, Mariano Azuela, Ramón Díaz Sánchez, Ciro Alegría, Machado de Assis, Arturo Uslar Pietri, Cirilo Villaverde, como también *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes. La «Serie» movilizó a otros editores a aumentar el interés por la literatura latinoamericana. Como consecuencia de ello se nota una fuerte actividad editora en otros medios editoriales en Polonia, los que en un tiempo anterior alcanzaron grandes reconocimientos por popularizar la literatura iberoamericana [«Czytelnik», «PIW»]. Desde 1971 se puede hablar ya de un aumento sistemático de las obras traducidas. Por ejemplo, en 1974 aparecieron 17 títulos y en 1975, 25. La lista anual de la revista «Nowe Książki» para 1976 anota la edición de 32 títulos. Llevando al plano comparativo, podemos señalar que para este mismo período, por ejemplo «Bulletin Critique du Livre Française» anota 14 títulos, la soviética «Knishnaya Lietopis», 15, y «Bibliografia Nazionale Italiana», 24 títulos de la beletrística iberoamericana. Esta corta comparación nos muestra que, fuera del área anglosajona, Polonia es el país donde se traduce más. Aunque en los países anglosajones —tomando en cuenta todos— el número de las traducciones es un tanto mayor, pero este hecho significativo decae sustancialmente, porque la mayor parte de las traducciones aparece en tiradas bajas, lanzadas por las editoriales universitarias —por ejemplo: University of Texas Press— o de las insignificantes escuelas provincianas.

Un análisis superficial de las bibliografías nacionales de muchos países de Europa Occidental nos convence que con dificultad se podría encontrar un título traducido a otro idioma y no editado en Polonia. En cambio, con facilidad podemos encontrar muchas valiosas novelas traducidas en Polonia y no publicadas en otras partes. En el presente período, la selección de las obras traducidas se efectúa en base a un análisis exhaustivo de la situación de la literatura de los países de Latinoamérica, y no en base del éxito alcanzado en otros mercados publicitarios. Hasta el momento sólo en la «Serie» aparecieron cerca de 60 títulos. En escala global, las traducciones de la beletrística latinoamericana se sitúan en Polonia en cuarto lugar, después de las traducciones de la literatura rusa, inglesa y francesa.

A pesar de este indudable alcance, no nos acredita hacia una completa satisfacción y nos debe causar una cierta inquietud la selección proporcional de los libros traducidos. La mayor parte de las obras la constituyen las de la prosa, y en menor proporción las traducciones de ensayo y poesía. Sin embargo, estamos convencidos de que

la actual desproporción llegue a cambiarse y así, por ejemplo, tenemos la esperanza que dentro de poco, aparte ya de las ediciones de las obras de tales poetas como Pablo Neruda —tres títulos: dos en «Czytelnik» y uno en «PIW»—; Nicolás Guillén —también tres títulos—, José Gorostiza, Jorge Carrera Andrade, antología de la poesía latinoamericana y de la poesía joven cubana, aparecerán otras nuevas, considerando el hecho de la creación de una serie, «Humanum est». En cierto grado, se recompensa también esta desproporción publicando traducciones en las columnas de la prensa literaria. Muchos versos de Octavio Paz, Ernesto Cardenal, Jaime Sabines, Nicanor Parra, César Vallejo, Eliseo Diego, Roberto Fernández Retamar, Roque Dalton, Elkin Restrepo y otros, aparecieron en revistas de gran tirada, tales como «Literatura na swiecie», «Literatura», «Nowy Wyrzaz», «Twórzosc» o «Kultura». Al mismo tiempo se prepara los ensayos de José Martí, Octavio Paz y José Lezama Lima, este último ya publicado.

El mayor interés —como muestra el sondeo de la recepción de la literatura iberoamericana— despertaron las novelas de García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes y Carpentier. Y esto demuestra que el interés del lector polaco no está dirigido por la moda pasajera y en un plano general responde a las preferencias del lector latinoamericano. Esto nos demuestra que vencimos la etapa de visión superficial de lo «exótico» y también de la fascinación artificial del llamado «boom». Podemos decir que en el presente, el lector polaco elige las obras de los escritores latinoamericanos igualmente consciente como las obras de los escritores que son representantes de las literaturas hasta ahora dominantes a escala mundial. Claro está, que la recepción de la literatura iberoamericana en Polonia es dependiente de una preparación general de los diferentes círculos de aficionados y de ahí es que resulta el carácter abierto de la «Serie de la Prosa Iberoamericana», que no sólo propone las obras de autores de un renombre establecido, sino también novelas de autores poco conocidos; autores de la generación joven —Gudiño Kieffer, Elizondo, González, etc.— y la novela tradicional, destinada a un amplio círculo de lectores. La política editorial toma más bien en cuenta la difusión de un amplio panorama de la literatura iberoamericana que limitarse hacia unos escritores famosos, quienes con su creación, separada del contexto literario de la literatura latinoamericana, causarían de manera negativa la recepción de dicha literatura y por ende aparecería como un conjunto de fenómenos desvinculados. La recepción de la literatura iberoamericana no se limita sólo y exclusivamente a las traducciones. Casi todas las obras editadas se encuentran con una amplia resonancia de la crítica; ya sea en forma de resúmenes y

reseñas en las columnas de la prensa literaria y muchas veces en los periódicos corrientes. Incluso se puede hablar sobre una cierta influencia de esta literatura, especialmente en los representantes de la generación joven polaca. En la prosa y poesía de nuestros jóvenes escritores encontraremos frecuentemente, directa o indirectamente, alusiones hacia la problemática, los personajes o las soluciones formales. El interés por la literatura de América Latina causó el crecimiento de la popularidad de los idiomas ibéricos, tan poco conocidos hasta el momento en Polonia, especialmente el español, estimulando al mismo tiempo el desarrollo de la iberística como una carrera de estudios universitarios. Esto nos permite juzgar que en este caso no procedemos con una moda pasajera, sino con un proceso que profundiza la asimilación de los nuevos valores. Tales cualidades formales como, por ejemplo, la multiperspectividad de la narración y totalidad de visiones artísticas fueron asimiladas en forma permanente por la prosa polaca. La literatura de América Latina nos permitió también vencer algunos prejuicios del europocentrismo y enriqueció las reservas de los medios de expresión, motivando así el establecimiento de la confianza hacia la novela como un género, sobre el cual en muchos países de Europa se afirmó que sufre una crisis profunda. Hoy se puede decir que la imagen de América Latina, llena de una no bien precisada exótica, donde la Argentina se asociaba, sobre todo, con el tango y los gauchos; Cuba, con el ron, la rumba y los tabacos, y México, con los melodramas con María Félix en el papel principal, se ha llegado a terminar. En el presente, el ciudadano polaco medio se da cuenta de la individualidad de los diferentes países del Continente y sus culturas. La lectura de la literatura beletrística, aunque realmente no puede reemplazar el conocimiento del Continente Latino, puede despertar el interés. Esto demuestra la creciente necesidad por la literatura documental, concerniente a los diferentes aspectos culturales y especialmente políticos de la vida de los países latinos. A pesar de la insuficiencia por el momento en los contactos culturales directos, determinados por la distancia entre nuestros continentes, se puede afirmar que el público lector en Polonia tiene una idea bastante buena sobre la cultura de aquellos países.

La geografía de las traducciones al idioma polaco —si podemos usar este término— refleja más o menos la situación en la literatura iberoamericana. Es un hecho que la mayor traducción de las obras procede de los países donde la política editora está muy desarrollada, tal como en Argentina, Cuba o México, a través de sus casas editoras como «Losada», «Editorial Sudamericana», «Casa de las Américas» o «Joaquín Mortiz». La prosa de otros países es accesible en

forma un tanto fragmentaria, especialmente por intermedio de las editoriales antes citadas y muchas veces también gracias a la editorial española «Seix Barral». Esta no es una dificultad específicamente polaca, puesto que en los países de América Latina se entera de la literatura —por ejemplo, de la literatura panameña o paraguaya— a través de los países de un gran movimiento literario. En el período inicial de la política editorial en Polonia, a veces intencionalmente, se frenó la publicación de los libros de las corrientes demasiado herméticas (costumbrismo) por temor, para que su carácter exótico para el lector —teniendo en cuenta la falta de la realidad local— no oscurezca los valores presentados. Se ha llegado a evitar en el caso de la literatura andina, donde las novelas de Arguedas y Alegría fueran equilibradas por las novelas de Vargas Llosa. La problemática del Sertao en Guimarães Rosa fue completada por la creación de Machado de Assis y el representante de la literatura joven, Ary Quintella. Y viceversa: el antídoto de la imagen urbana de la Argentina, creada en el lector polaco por las novelas de Cortázar y Gudiño Kieffer, puede ser la novela clásica de Ricardo Güiraldes.—*Don Segundo Sombra*.

En los últimos años también se buscarán algunas recetas para completar ciertas lagunas que dejan huellas en el lector polaco, como, por ejemplo, con la literatura de América Central. Se prevé, entre otras, la edición de la antología del cuento de Centroamérica y otras antologías nacionales, parecidas a las ya existentes en el idioma polaco: antologías de la narrativa argentina, cubana, mexicana o brasileña.

La percepción de la literatura iberoamericana en los últimos años también se hizo más fácil gracias a la aparición de numerosas monografías científicas y populares, en las especialidades de historia, arqueología, etnografía y ciencias sociales, tales como León Díaz Portilla, Alfonso Caso, una selección de textos de muchos teóricos, entre ellos de Mariátegui y también los trabajos de autores polacos —por ejemplo, de Tadeusz Lebkowski—. En este estado, la recepción de algunas literaturas correspondientes a algunos círculos culturales poco conocidos se hará más fácil.

En la etapa presente la recepción de la literatura de América Latina en Polonia no tiene grandes obstáculos. Las obras de los escritores del Continente Latinoamericano son una parte constante del repertorio de los lectores del amplio círculo. La continuación y profundización de esta recepción dependerá en mayor grado de las actividades de los editores polacos y los traductores. Y también del posterior desarrollo de la literatura latinoamericana.—*RAJMUND KALICKI (00-490 Warszawa, ol. Wiejska 16. REDAKCJA, POLONIA)*.

NOTAS SOBRE ARTE

VISPERAS Y DESPEDIDAS DE MARIA ELENA GAGO

En el cuadro hay una intransigencia de luces, un deliberado iluminarse y apagarse de colores, un enorme silencio porque no existe la presencia humana, ni siquiera se adivina a través de las ventanas, no hay espectadores ni protagonistas, casi no existe el que se asoma a este extraño universo de misterios.

Puede haber un jardín decadente que se insinúa tras una ventana o una arrogante galería de un palacio convertido en museo, en donde todavía resuena el estrépito de las puertas al cerrarse, el eco de las palmadas que ahuyentan a los últimos rezagados y el rumor de las cámaras fotográficas colgando de los hombros.

Ocurren muchas cosas. En el cuadro hay un antiguo sofá remozado y magnífico, como si por él no hubiera pasado el tiempo ni la zozobra de los que le utilizaron, ni las incertidumbres que tomaron asiento sobre su tapicería. El mueble expresa una incontenible vanidad, el tiempo era su enemigo y él lo ha atravesado; quizá mañana se encuentre en una soledad de desván o de almoneda; pero hoy, las horas son suyas.

Todo es como una enorme espera. Se está aguardando a que alguien concluya su trabajo y venga a depositar en la habitación cansancios, desalientos y promesas de un tiempo mejor. Se aguarda a que el nuevo día nuevos rebaños de turistas arrastren los pies detrás de la perorata rutinaria del día.

Pero también esta ausencia de la figura humana es como un presentimiento de oscuros presagios. Cuando el cuadro se asoma a una ventana y nos enseña el paisaje es como si no lo viéramos, igual que si fuéramos los habitantes de una casa vacía, los fantasmas sin ojos que inútilmente intentarían reencontrar el mar y la espuma.

Todo esto es la pintura de María Elena Gago, el mundo del piano solitario, sin arpeggios ni escalas, en cuyas cuerdas la música es como una tentación frustrante, como un anhelo de surgir y afirmarse que no encontrarán las manos que lo convocasen. La partitura se ha quedado encerrada sobre el teclado, alguien ha abierto la gran tapa del instrumento, quizá para limpiar sus cuerdas y desde ellas el silencio es una manera de agradecer.

Visperas

Son extrañas visperas estas pinturas que nos atraen y nos inquietan, que nos repelen y nos cautivan, en las que es imposible librarse de lo que de decisivo tiene su presencia, de la extraña fuerza y el sorprendente vigor con que las imágenes cuentan una historia siempre interrumpida.

Ausencia y presencia son los dos reflejos del existir y del perecer, de lo que esencialmente conocemos como nuestro fundamental configurante; los cuadros nos recuerdan que hemos vivido tanto que todavía esperamos volver a vivir. Que la vispera es una esperanza, la espera una urgencia y el corazón el mudo testigo de todo lo que a nuestro alrededor no se encuentra.

Algo va a ocurrir. Lo anuncia una evidencia de luces prematuras y lívidas, una hoja de calendario envejecida de veinticuatro horas, objetos que esperan manos, muebles que aguardan cuerpos y un espejo vacío, inacabable, como una tempestad de obsesiones que ni siquiera se digna devolver las imágenes que han quedado detenidas ante él.

¿Acaso es la soledad la vispera del júbilo? Una oculta e indómita alegría parece indicárnoslo así. Pronto estas estancias se van a llenar de gentes, sonará el piano y hablarán las voces y todos dirán yo, y yo, y yo, y sólo a la persona a la que queremos sabrá pronunciar palabras diferentes.

Pero el bullicio es sólo una hipótesis. Todavía tiene que ocurrir mucho para que lo que no está venga y se convierta en evidencia la ansiedad y en imagen el deseo. Ahora no hay nadie, pero pronto vendrá el ser que esperamos. Y nosotros entraremos mansamente en el cuadro, sin apenas pisar los baldosines relucientes o el entarimado que va a delatarnos con su crujido.

Cuando esto ocurra será una fiesta. Y alguien nos hablará de su impaciencia y de su sufrimiento, y casi sin quererlo nosotros le contaremos el nuestro, y recordaremos algo hermoso que pasó una vez y que fue lo suficientemente importante para convertir en maravillas todos los posteriores encuentros.

Existe el escenario porque llegarán pronto los protagonistas, sin papeles preconcebidos, sin diálogos ni réplicas, de una manera lineal y fantástica, asombrosa en su fastuosa sencillez. Porque vivir es representar algo, significar algo, que alguien tenga un sentido y un contenido para nosotros. Y todo lo demás apenas cuenta.

Los objetos, los muebles, las ventanas, son sólo testigos fastuosos de un apoteosis de encuentros. Allí es el lugar, donde ahora no hay figuras humanas, un rostro, una mano, una espalda que es siempre